TOPONIMIA CÉLTICA DE GALICIA

Joaquín Caridad Arias

Primera edición, agosto de 2017
© Joaquín Caridad Arias, 2017

Diseño de portada: Leopoldo Torroba

Maquetación y diseño: Javier Labrador

Avant editorial
Dante Aligheri, 123
08032 Barcelona
www.avanteditorial.com
editores@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas:
UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental
UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad
ISBN: 978-84-16864-84-3
Depósito legal: M-22826-2017

Imprime Podiprint
Impreso en la Unión Europea

TOPONIMIA CÉLTICA DE GALICIA

Joaquín Caridad Arias

avant
editorial

«Los nombres dados a la tierra y a los accidentes geográficos son los más estables de los nombres de lugar. Los primeros ocupantes del suelo los legan siempre a sus sucesores; éstos les dan a veces nombres duplicados, pero el doble no siempre ha prevalecido».

Henri Hubert.

«Los topónimos derivan, por regla general, de nombres de personas, tribus (nombres étnicos) y dioses».

Helmut Birkhan.

«El estudio de la Toponimia esclarecerá el nombre de las divinidades más de lo que se piensa».

Ramón Menéndez Pidal.

«Nomina, numina»

Adagio latino.

«Les romanistes se senten gênés sur le terrain celtique»

Albert Dauzat.

ÍNDICE

	INTRODUCCIÓN.....	1
1.	LOS ESTUDIOS TOPONÍMICOS: ESTADO DE LA CUESTIÓN.....	5
2.	LA HOMONIMIA Y LA HOMOFONÍA.....	9
3.	CAMBIOS FONÉTICOS O DE FLEXIÓN EN LENGUA CELTA.....	15
4.	NOMBRES Y TOPÓNIMOS....	22
4.1.	Topónimos gallegos ABELLA ¿'abeja'? o AVELLA ¿'a vella, la vieja'? El antropónimo ABUELO ¿'abuelo'?. Topónimos AVIL, ÁVILA.....	23
4.2.	ABRINCA o A BRINCA ¿relacionado con 'brincar' o 'saltar'?.....	29
4.3.	A CORUÑA - LA CORUÑA	31
4.4.	CORUÑA >< CLUNIA ¿cuál es la original?	40
4.5.	Topónimos AIREXE, EIREXE, IRIXA, GRIXA, GRIXOA, IRIXOA Supuestas iglesiae e iglesuelas', EIREXALBA, GRIXALBA, etc.....	43
4.6.	ALLOTORRE – ALHOSVEDROS, supuestos 'ajos' o 'ángulos' en la toponimia galaico-portuguesa.....	49
4.7.	AMÉRICA, un nombre celta. AMAYA, A MAHÍA, AMBARRÍAS ¿'ambas rías'?.....	55
4.8.	ANAFREITA - NAFREITA ¿una '*nave-fracta* o *fracturada"*? Nombres FREITA.....	59
4.9.	BAAMONDE, BAAMONTES, BAAMORTO, VAYMORTO BALAMUERTE o MALA MUERTE, topónimo leonés BELLAMORTA / VELLAMORTA ¿vieja muerta?.....	63
4.10.	BACARIZA, BACORÍN, BACORELLE CABRARIGO CABREIROÁ, CABROIS ¿relacionados con 'vacas' y con cabras?.....	70

4.11. BARALLA ¿de ‘varalia’?, BARAJAS, VARELA, BARALLOBRE, etc.
El ‘barro’ en topónimos
PALLARES - PALLARS y el dios Laho PARALIOMECO..... 72

4.12. BECERREÁ ¿becerreana?- El nombre *Becius* / *Vecius* y los ‘vecinos’ toponímicos. *La Vecilla* y otros topónimos.
ORBAZAY..... 78

4.13. BETANZOS, de ¿BRIGANTIUM?
Betanzos-o-vello, antigua *Tiobre*..... 83

4.14. Superlativos celtas en la toponimia de Galicia
BLISMO, BRESMO, GUÍSAMO, SÍSAMO, VISMA..... 89

4.15. BOISACA – SACARDEBOIS ¿relacionados con gall. *boi* ‘buey’?..... 92

4.16. BALBOA, BONAVAL ¿’buen valle’?
BUENDÍA - ¿’buen día’?
BOA MADRE y la ‘Bona Dea’ 94

4.17. BÓVEDA - ¿alusivo a ‘bóvedas’?..... 98

4.18.1 Topónimos gallegos en *–bre, -bria,* etc. (general) 105

4.18.2. Topónimos en *-bre*
BAÑOBRE ¿relacionado con *baños*?
BARALLOBRE, OCOBRE / O GROVE……..... 108

4.18.3. Topónimos en *-bre*
BEDOBRE, BEDROBE..... 110

4.18.4. Topónimos en *–bre*. BRAÑOBRE, BRAÑUELA,-S, BRAÑAVARA.
¿relacionados con ‘brañas’?. O Pai BREOGÁN y BRIGANTIA..... 113

4.18.5. Topónimos en *–bre*. LAJOBRE, LAJOSA ¿relacionados con ‘lajas’?
Topónimos LACO- LAGO ¿relacionados con ‘lagos’?
LOSADA, LOUSIDO, LUS-, etc. ¿relacionados con ‘losas’? 119

4.19.1 Topónimos en *-vera*, *-vedra*, relacionados con *-bre* ‘el agua’, ‘el río’
A VEDRA, EIXAVEDRA, IRAVEDRA, MOIÑOVEDRO
FONTEVEDRA, FONTEBREA, PONTEVEDRA
Molinos, *remolinos* y *mollar* ‘mojar’, en topónimos..... 124

4.19.2 SAAVEDRA, supuesta *sala vetera* 'sala vieja'
Relación *vedra = berri / barri = vira = bre*..... 132

4.20. BURATO, BURATAI ¿relacionados con (gall.) 'buratos o 'agujeros'?
BORRAZÁS, BORDEL y otros nombres..... 143

4.21 La etimología notarial medieval:
CAAVEIRO ¿'calaveiro' – 'calvario'? - CEBREIRO ¿'celebrarium'?..... 146

4.22. CACABELOS, CACALOBOS, CACHAFEIRO y otros topónimos..... 151

4.23. CANDABADE ¿perro del abad?, CANTO-DO- GALO, CANTA-O-GALO, COUTOBADE. Los nombres *Bato* y *Pato*..... 154

4.24. Otros topónimos *can-*, *cand-* y *cad-*, *cat-*: CADELA, CATELO, RABOCADELA, RABO DE GATO, RABACALLOS, CANDELAGO, CANDELABEIRA, CANDORCA 157

4.25. Topónimos *cant-, canta-, canto-* no relacionados con *cantar*, *cantos* o 'ranas'. CANTAR(R)ANA, CANTALARRANA, CANTARRANAS..... 163

4.26 Topónimos *Ca-, Cas-* ¿casa? y *Casc-*: CACELIGO, CASCELIGO, CASCANTO. BEIRE, BEIRAL, VERAL..... 166

4.27. CÁDAVO - ¿'monte quemado' y otros topónimos..... 170

4.28. Nombres y topónimos de base 'cata-'
CATAMONDONGO, CATABARREIRA, CATASOL, CATATRIGO, CATAFEIXE, CATASUEIRO, CATADIANO..... 172

4.29. CEDOFEITA ¿cito-facta?
CÆTOBRIGA – SETUBAL, CARRACEDO..... 178

4.30. CORO – COSSO, divinidad celta galaica
¿CAUREL o COUREL?
COSCOÑO, COXUXO y otros nombres..... 183

4.31. O 'Rei CINTOLO' de Mondoñedo, nombre celta o germánico..... 191

4.32. Fraseologías toponímico-populares: COLLANTRES, DONIÑOS, TORRENOVAES, VENCES Y NOCEDO, XURENZÁS 195

4.33. CARNOEDO, CARNOTA, CORTECADELA, CORTEGADA
COSPEITO ¿de *cunspectu-s*, 'conspicuo, destacado'?..... 202

4.34. CRISTIMIL / CRISTIMIR ¿Cristo en la toponomástica galaico-portuguesa?. CREIXOMIL, CREIXIMIL..... 207

4.35. Por tierras de Iria Flavia. EXTRAMUNDI ¿'fuera, o más allá del mundo'?.
PADRÓN y el "pedrón" del Apóstol Santiago; MADERNE 214

4.36. Topónimos identificados con el adjetivo *fría, frío*
FRIÁS, FREÁS, VILAFRÍA, VILAFRÍO, FRIANDE, etc. 219

4.37. GAYOSO - ¿de *gaudiosus* 'alegre'? 221

4.38. Heráldica y homonimia: LEÓN, LUGO, TORO, BOLAÑO, LANZÓS,
FIGUEROA y otros topónimos..... 223

4.39. Elemento toponomástico 'mil'
MILMANDA ¿mandar mil? - CASTROMIL ¿mil castros?
ARDEMIL ¿arden mil? - SESMIL ¿seis mil? 228

4.40. ÓRDENES u ORDES 234

4.41. OSEIRA, OSELLE, OSORIO ¿relación con 'osos'? - OSMA..... 237

4.42. PONTECESO / PUENTECESO ¿*pons caesus* - ¿'puente cortado?
PONTECESURES, CESURAS, CESURES..... 241

4.43. QUEIXO, QUEIXÓN, REQUEIXO, etc.
¿referencias al *queso* o al *requesón* en topónimos?..... 245

4.44. REDONDO, REDONDA, del latín *rotundus,-a?*
REDONDELA, CAMPORREDONDO, CANRREDONDO
Topónimos *Camb-, Camp-* y la divinidad celta *Camalo* o *Cambo*
ARRETÉN, ARECES y otros topónimos..... 249

4.45. RIANXO, RIAÑO - supuestos 'rivi-ángulo'
Topónimos Anllo- 256

4.46. RIBÓ, RIBÓN, RIBONO, RIOBÓ ¿'río bueno'?
RÍO MALO, RIOMAO ¿'río malo'? ..... (sigue)

RÍO HUMANOS, HUMANES, etc. ¿'humanos'?..... 264

4.47. Radicales celtas: ***ror-, raur-, rour-*** y ***rab***-, ***rav***-.
ROURÍS y el alemán Raurich ¿de Roderici?
RÁBADE, ROIRÍZ. 268

4.48. Falsos 'santos' en la toponimia gallega
SANCHO, SANTANA, SANTÍN, SAN AMIL, SANCEDO, SANTO CABRO, SANDOVAL, SAN NOVAL, SANJENJO / SANXENXO SAN JOMIL, SAN GEMIL, SAN JAMONDE, SANTOMIL..... 270

4.49. Topónimos gallegos *So-, Su-, Sola, Soa-,* y catalanes *so-, sa-, sa-la*, supuestos arcaísmos latino-galaicos de *sub, sub illa* y latino-catalanes de *sub-ipsa*. El gallego SOVALO / SOBALO y el catalán XOVALL..... 279

4.49.1 SOAGRA / SUAGRA, SUAGRO, SUAGRANDA, SUAGRAÑA, SOEIXO, SOAXE, SOAZ, ZUAZO..... 283

4.49.2 SOALHÃES (Port.) y SOALLÁNS, SOALLA, SOILÁN (Gal.). SOANDRES, SOCARRAL, SOCASAS, SUCASA..... 286

4.49.3. SOLAGO, SULAGO ¿de sub lacus?
SOLLEIRO, etc. ¿ de solarium, lugares soleados?
SOPENA, SOAPENA de ¿sub (illa) pinna - 'debajo de la peña?
SOLOBEIRA – SOLVEIRA ¿sub luparia? 288

4.49.4. SOMOZA, SOMOZAS y otros topónimos
MODARRA o MUDARRA
Topónimos MORTA y derivados..... 293

4.49.5. SOMONTE, SOOMONTE, SUOMONTE ¿bajo/debajo del monte?
SOVALLE - SOVALO / SOBALO ¿debajo del valle?
SOAVILA, SOVILA – SOVILLA ¿bajo / debajo de la villa?
SOOSLOUREIROS, SOLORES ¿bajo los laureles?..... 297

4.49.6 SOIRO y el apellido Suero, SORELLE
SORREGO, SURREGO ¿*so o rego* – 'bajo el riego / reguero'?
Relacionados con *Zorro, Zorrilla, Zuera* y la ciudad de *Soria*..... 301

4.49.7 SOULECÍN, SOUCELO, SOUCELLE, SOUCEDA..... 304

4.49.8. SUBARREIRO-S – BARROSO ¿relacionados con 'barro'?

SUCARREIRA y otros topónimos. 306

4.50. SOTO y SOUTO en la toponimia hispánica
¿todos del latín *saltus*? 309

4.51. TOMONDE, TOMONTE ¿referidos al 'mundo' o al 'monte'?
TRUITE, TRUITEIRO ¿referido a *troitas* / *truitas* 'truchas'? 312

4.52. Hidrónimos OR- OUR-, UR-, UER-, BER-, BERB-, BORB-.
OURO, OURENSE, BERBÉS, BORBÉN, etc. 316

4.53. Falsos 'valles' (cast.), 'vales' (gall.) y 'valls' (cat.)
VALONGA, VALONGO ¿valle longo / largo?
VALOUTO, ¿valle alto?
VALEIXE / VALEIJE o BALEIXE..... 318

4.54. VIAJE / VIAXE, PIAXE
VIJOY, VIGO y otros topónimos..... 325

4.55. VILA DE CAIS, Viladecans, Villa de canes, Villacanes
¿relacionados con canes?
BELLAGÁN – BELEIGÁN - VIACÁN..... 329

4.56. VIÑA. SOAVIÑA / SUAVIÑA, SOLASVIÑAS
¿ 'bajo la(s) viña(s)'?; VIÑO, VALDOVIÑO ¿valle del vino?
AVIANCA, AVIÑON, AVIGNON, etc..... 333

5. CONCLUSIONES..... 338

6. BIBLIOGRAFÍA 341

7. ÍNDICE TOPONOMÁSTICO..... 355

INTRODUCCIÓN

Aproximarse a la toponimia de cualquier zona geográfica es hacerlo a la diversidad cultural y lingüística de los pueblos que en ella se establecieron desde los tiempos más antiguos. Al igual que las esculturas, las pinturas rupestres, las piezas de cerámica y demás vestigios de índole cultural, los nombres de lugar llevan en sí una gran carga de conocimientos y constituyen inapreciables elementos identificadores en la trayectoria del acontecer humano a través del tiempo. Los topónimos nos pueden informar de la motivación que los hizo surgir, de las referencias físicas que les dieron significado en el momento de su formación y del marco espacio-temporal en que surgieron. Poseen la cualidad de decirnos quiénes fueron sus creadores, en qué idioma éstos se expresaban y nos proporcionan pistas sociolingüísticas que nos permiten reconstruir las diferentes actitudes de los pueblos y las culturas. Por ello, los nombres de lugar nos suministran rastros claros, elocuentes y firmes de los distintos grupos étnicos que se han asentado en un país y nos muestran, al igual que los fósiles, los estratos sucesivos de su formación cultural. En este sentido R. Menéndez Pidal (1968, 5) nos recuerda que:

> "La Toponimia… encierra un singular interés como documento de las lenguas primitivas, a veces los únicos restos que de algunas de ellas nos quedan. Los nombres de lugar son viva voz de aquellos pueblos desaparecidos, transmitida de generación en generación, de labio en labio, y que por tradición ininterrumpida llega hasta nuestros oídos… Los topónimos arrastran consigo en nuestro idioma actual elementos fonéticos, morfológicos, sintácticos y semánticos propios de las antiguas lenguas, elementos por lo común fósiles e inactivos, como pertenecientes a lenguas muertas, pero alguna vez vivientes aún, conservando su valor expresivo, incorporado a nuestra habla neolatina".

La toponimia constituye uno de los capítulos más atractivos de los estudios lingüísticos, porque sus resultados y conclusiones trascienden más allá de los límites del dominio puramente filológico, para incidir en áreas pertenecientes a otras parcelas de la historia y de la cultura, iluminando muchos enigmas, contribuyendo a establecer una fructífera simbiosis entre muy distintas manifestaciones del afán humano por indagar y conocer la verdad. La etimología, y concretamente la etimología toponímica, es una ciencia que trata de averiguar el significado de los nombres de las personas y lugares apoyándose en sus formas antiguas, tanto como le permitan los medios históricos, tomando en consideración las alteraciones sufridas por el paso del tiempo e influencias lingüísticas a que han estado sujetos. Condición

indispensable es, por lo tanto, un tratamiento hermenéutico o interpretativo de las fuentes - lo que en el pasado infortunadamente no siempre ha sido el caso - mediante la determinación exacta de la lengua y/o dialecto original que es asignable a cada uno de estos nombres (García de Diego, 1946, 12).

Citando a J. Vendryes (1925, 250):

> "El nombre ha sido durante mucho tiempo, no sólo un signo convencional sino una parte integrante de las cosas y participaba de sus propiedades. El signo no se distinguía del objeto, y la fórmula *nomen omen* recuerda esta concepción antigua".

Las palabras, y especialmente los nombres, no eran unos signos cualesquiera, indiferentes o casuales; se les atribuía un poderoso valor mágico, lo que explica el poder de los encantamientos y anatemas, así como la resistencia, en muchas sociedades primitivas, a divulgar sus nombres a personas fuera del círculo familiar, pues el hacerlo les pondría a merced de un eventual enemigo, consistiendo la solución más frecuente en el uso de seudónimos. Por estas razones, en muchas sociedades ha sido prácticamente la norma habitual, desde muy antiguo, el uso de nombres teofóricos, que de algún modo ponían a su portador bajo la tutela de una divinidad concreta (Krahe, 1963). Estos nombres representan una importante parcela del catálogo antroponímico de muchas culturas, y en muchas de ellas, constituyen la práctica totalidad. Su empleo se basa en la asunción de que los nombres de los dioses integran lo sagrado y lo divino en la vida colectiva, al ser posible identificar hipostáticamente a la divinidad con el cuerpo social o relacionarla con un determinado miembro de ella.

En algunos niveles culturales – sociedades preagrícolas y preganaderas de cazadores y recogedores, como los indios de Norteamérica, los esquimales, etc. – este papel lo desempeñaba un animal totémico, cuyo nombre llevaba cada individuo, identificándose con él en cierto modo, y al que estaba ligado por una serie de tabúes (de caza, alimenticios, incluso de lenguaje). Prácticas similares se registran incluso en sociedades mucho más avanzadas, como la celta, siendonos conocidas por la tradición de estos pueblos, en especial por las sagas irlandesas y galesas. Son premisas que debemos tener en cuenta cuando nos enfrentemos con nombres de filiación celta que, más o menos latinizados e incluso reinterpretados hasta hacerlos a primera vista irreconocibles, afloran una y otra vez en nuestra toponomástica. Pero aun cuando su interpretación sea la correcta, puede resultar engañosa, pues personas con nombres celtas como 'El gran jinete' o 'Rey del combate' pueden haber sido simples artesanos, sin relación alguna con tales actividades;

simplemente llevan nombres que son apelativos o *cognómenes* de una divinidad. De ahí la perplejidad de autores como K. H. Schmidt[1] al observar que un simple ceramista celta puede portar un nombre con el componente *rix* 'rey', deduciendo que este elemento debe tener también otros significados, como 'grande' o 'rico'. Lo que ocurre es que a menudo se trata de nombres de base teofórica.

La posterior latinización y romanceamiento de los topónimos y antropónimos les dio a menudo un engañoso aspecto, que propició su malinterpretación mediante el uso de fórmulas latinas. Entre otros ejemplos, estudiamos la asignación popular del lat. *captare*, cast. *catar*, e incluso *cazar* para los nombres –relativamente frecuentes– que empiezan por *cata-* y *caza-*, pero que en realidad proceden del celta *cath* 'combate, lucha', con *th* [θ o $Þ$ germánica] fricativa (v. § 5.28.). Y es que tanto los nombres como las palabras en general cambian siguiendo la evolución del lenguaje, *incluso dentro de una misma lengua*, cuanto más cuando por algún motivo, ésta ha sido sustituida por otra, de forma más o menos gradual, siendo olvidada la anterior. Estos cambios, especialmente en las zonas más alejadas, son muy lentos y dejan tras de sí una serie de indicios distintivos que quedarán impresos en la nueva lengua, ya que todo sistema morfológico y el correspondiente sistema articulatorio están muy arraigados y tienden a sobrevivir, al menos parcialmente. Por el contrario, el vocabulario jamás está fijado, porque depende de las circunstancias: cada hablante constituye su propio vocabulario a lo largo de su andadura vital, mediante una serie de préstamos tomados de su entorno inmediato. A un nivel más general, ocurre lo mismo con cada comunidad, y dentro de ella con cada grupo social o cultural. Las palabras recién adquiridas no siempre constituyen una secuencia literal de las antiguas, sino que el espíritu humano se acostumbra a una serie de sinónimos, interpretaciones y dobletes. La relatividad es un hecho incontestable, tanto en la matemática como en la lingüística[2].

Las transformaciones léxicas afectan menos a los topónimos, que suelen quedar fosilizados. Al cambiar la lengua hablada, sufren alteraciones sólo fonéticas o adaptaciones que los acomoden a algún término usual y reconocible, que generalmente es un nombre común o una expresión de la nueva lengua. Se toma simplemente lo más parecido y que, en lo posible, tenga sentido, o al menos parezca tenerlo, soslayándose las dificultades interpretativas con algún pequeño retoque fonético o morfológico, que puede

[1] 1977, 75. («*... die Träger des Namens die keineswegs Könige sind*»).
[2] W. Eitzen, *Der Irrgarten*, p. 89.

incluir la introducción epentética de alguna partícula "explicativa" (*de, el, la*...) que lo complete o lo "mejore" en su aspecto sintáctico y, por supuesto, etimológico. Las soluciones son prácticamente infinitas y se amoldan a cada caso particular, en ocasiones de forma bastante ingeniosa[3]. A menudo, ello no es posible y el resultado sigue careciendo de sentido lógico, o es incluso absurdo (*Cantalapiedra, Rabocadela, Vaymorto*) lo cual no impide que su número sea muy elevado.

En los estudios toponímicos peninsulares, aparte del latín y sus romances, entran en juego el árabe y las lenguas germánicas (suevo y gótico) un día habladas en Hispania. En lo que respecta a la lengua o lenguas celtas, la dificultad fue mayor, dada la escasa información disponible en la época de los estudios tradicionales sumada al arcaísmo que caracteriza a las lenguas peninsulares (celtibérico, galaico-lusitano, turdetano, astur, etc.) Pero hay muchos otros pueblos y lenguas de la Hispania prerromana que, aunque en rigor no podemos llamar celtas, están emparentados con ellas y con el latín, como es el caso de las lenguas vascas.

La toponimia más antigua de España (y de Europa) es ya parcialmente indoeuropea, que más tarde se concretaría en cada región geográfica en lo celtico, germánico, latíno, balto-eslavo, nórdico, etc. En nuestro caso es preciso, por lo tanto, incluir las antes citadas y al menos una parte de la balear, e incluso de la llamada ibérica, que es casi atemporal en lo que respecta a fechas de vigencia y a correlaciones concretas.

Como breve comentario consideramos incuestionable la afirmación de H. Hubert acerca de la estabilidad - al menos mayoritaria - de los topónimos, en especial los que atañen a la toponimia mayor. En lo que respecta a la naturaleza y el contenido mágico-religioso de éstos, nos reafirmamos, a lo largo de todo este trabajo, en la aserción de Menéndez Pidal acerca de la base teofórica de muchos topónimos antiguos, algo que ya los romanos tenían muy claro cuando afirmaban que, decir *nombres,* es lo mismo que decir *númenes* ("*nomina – numina*"). Esto es algo que, para nosotros, evidencia la necesidad de un análisis comparativo, detenido y exhaustivo, del *corpus* teonímico y toponomástico que entra en cuestión, tanto en lo concerniente a un gran número de topónimos, como en la práctica totalidad de los antropónimos[4].

[3] W. Kirwin, "Remarks on linguistic problem-solving", pp. 18-24.
[4] O. Szemerénky, *Einführung in die vergleichende Sprachwissenschaft*, pp. 6-10.

1. LOS ESTUDIOS TOPONÍMICOS: ESTADO DE LA CUESTIÓN

La mayoría de los estudios toponímicos en España se han venido remontando tradicionalmente – hasta bien avanzado el siglo XX – al latín y a la lengua romance en cada caso (gallego, bable, catalán, leonés), e incluso con algunas incursiones en el vascuence. En el caso concreto de Portugal y Galicia, a partir de la aparición de la obra de Josef M. Piel "*Os nomes germânicos na toponímia portuguesa*", entre 1933 y 1944, cobró gran protagonismo el factor germánico (suevo y visigodo), hasta entonces conocido de forma muy superficial, lo que vino a llenar un hueco importante en estas disciplinas, enriqueciendo y ampliando su campo de acción a este sector lingüístico. Sin embargo, la entrada en liza de este nuevo elemento en el horizonte cotidiano de los estudios toponímicos del occidente peninsular, al mismo tiempo que abría la puerta al sector indoeuropeo, quedó generalmente desatendido un importante elemento de estas lenguas: el celta. Este grupo de lenguas, emparentadas con las germánicas por razón de procedencia y contactos aún no bien definidos, se remontan a una base común originaria, que no por poco conocida está menos presente en la toponomástica hispana, y muy especialmente en la zona geográfica septentrional, central y occidental.

El celta y el celtibérico constituyeron en la toponimia hispánica un elemento poco referenciado, prácticamente dejado de lado o ignorado en los estudios toponímicos de nuestro país hasta bien entrado pasado siglo, algo que no sucedía en otros países europeos, como deja claro el índice de autores expuesto en esta obra.

Está hoy fuera de duda que en la onomástica celta (y lenguas indoeuropeas prerromanas emparentadas) está la clave de muchas incógnitas, no sólo de Galicia y Portugal, sino de buena parte del territorio peninsular, incluidas Cataluña, las Vascongadas, Andalucía occidental, las dos Mesetas y Extremadura, aunque también está presente en la parte centro-oriental de la Península y las Baleares, que incluyen el factor ibérico-mediterráneo. No obstante, en las lápidas y bronces celtibéricos del centro y el occidente peninsular se mencionan nombres que podemos identificar en la Hidronimia, la Onomástica, la Coronimia, etc., más o menos alterados por el tiempo, pero reconocibles en otros entornos.

Los topónimos y los antropónimos de origen celta o paracelta se hallan invariablemente deformados por acción del latín, y después de las lenguas romances, que les han añadido sufijos y desinencias propias de ellas y los adaptan a su propia fonética, aproximándolos en lo posible a formas actualmente comprensibles. Este proceso se ha materializado en una serie de

etimologismos más o menos forzados, incluso absurdos en muchas ocasiones, la mayoría de origen popular, pero también a menudo de sello cultista[5]. Ello explica la existencia de topónimos ilógicos e incluso absurdos, tales como ***Alhos-vedros*** supuesto "ajos viejos" o "ángulos viejos" (según las versiones). ***Lajobre*** y ***Lajioso*** donde supuestamente hay (o *debería haber*) "lajas", ***Milmanda*** donde nadie "mandaba en mil", un ***Leiteira*** que nada tiene que ver con "lecheras" sino con el nombre personal celtibético *Litario*, un ***Valdoviño***, que no es ni fue nunca un 'valle del vino'. sino el nombre germánico *Baldwin* o *Balduino*, y muchos otros.

Otro típico caso de interpretación latina inadecuada, lo constituyen, como veremos, los topónimos que empiezan por ***so-, su-***, *xo*, a los que se ha atribuido una procedencia latina de *sub-* (como ***Somonte*** de *sub montis*), y cuando el nombre empieza por *soa-, sua-* (gallego) o *sula-* (castellano), sería *sub illa*, como ***Suagra*** de un supuesto *sub illa agra* (§ 4.49.1.) Aparentemente es una solución "casi perfecta", que ha sido generalmente aceptada, pero que deja muchas lagunas y produce locativos incomprensibles e incluso absurdos : ¿'debajo del lago'? (v. § 4. 49.3). De este tipo es también el catalán *Xovall* (nombre celta *Sovallus*), que se ha dado como el latino *ipse vallum* 'el mismo vallado'.

De hecho, en todos estos casos, subyace un antropónimo celta, después elaborado, pero reconocible, que lleva prefijada la partícula celta *so-* / *su-* = 'bueno', 'buen' o 'el gran', frecuente acompañante de nombres personales. Otras veces puede tratarse de un nombre del radical teonímico *Sol-* o *Sul-* (*Sólacus, Súlacus,-a*) con síncopa de la *l* intervocálica, y un sinfín más, que aunque parezcan ser explicables mediante la lengua actual, no lo son cuando tienen equivalentes en otras lenguas.

Nombres aceptados durante siglos como perfectamente lógicos y *claros* resultan ser etimologías populares, algunas ya antiguas, o atracciones basadas en las supuestas descripciones del lugar, pero que, de hecho, generalmente no coinciden con ellas, hasta que un buen día alguien los desenmascara como antiguos nombres, de otra lengua: galo, gaélico, germánico, posteriormente latinizados, para los que la gente común ha buscado una interpretación[6]. El hábito nos ha hecho aceptarlos a menudo sin discusión, al darse por sentado *a priori* su origen latino o romance.

[5] Olschanski, 1996, 154-165.
[6] H. Gröhler, 1913, 26, 27.

En la toponomástica de cualquier país ocupan una importante parcela las creencias, mitos, nombres de divinidades y númenes de sus culturas, que a la vez dieron origen a los nombres de los grupos humanos, personas y lugares. Frecuentemente, las etimologías *a posteriori*, a menudo documentales medievales, no tienen un origen popular y espontáneo, sino que son cultismos personalizados, obra de tal o cual escribano, párroco o notario medieval que de este modo creía restituir los nombres *degradados por el vulgo* a su pureza original, o sea al latín, *origen de todo lo culto,* en determinadas etapas históricas. Esta facultad constituía la parcela exclusiva de una minoría que, por razón de su profesión o su ministerio, la poseía más o menos. Esta acción individual se refleja hoy en una serie de versiones diferentes - en ocasiones sincrónicas - de un mismo nombre, a menudo muy dispares, que sumen al estudioso en un mar de dudas y errores, tomadas al pie de la letra. Y es que la Toponimia es una disciplina mucho más compleja de lo que a primera vista parece.

El uso prácticamente exclusivo del latín y sus romances para la identificación de los nombres personales, algo habitual en nuestra toponimia hasta mediados del pasado siglo, y por algunos aún más tarde, conduce a etimologías que son producto de los habituales fenómenos de *homonimia, atracción paronímica, asimilación, contaminación, latinización* e incluso *euskerización* de nombres que tienen un origen más antiguo. La Toponimia hispánica constituye un complejo de elementos lingüísticos y culturales que a menudo se remontan a fechas muy anteriores a la llegada de los romanos, los suevos, los godos y los moros. La aportación celta o celtibérica y lusitana constituye una parcela importantísima de ella, que es preciso sacar a la luz y *redescubrir*, desenmascarando tantas falsas etimologías, a menudo fuertemente enquistadas.

La experiencia nos ha enseñado a desconfiar tanto de los cultismos como de las interpretaciones localistas, que con el paso de los años han ido alejando más y más a los topónimos de sus formas originales. Las versiones documentales son de algún valor, aunque con reservas, hasta el siglo X u XI aproximadamente; después, cuanto más tardíos, hay que mirarlos con más recelo. En contra de la opinión, bastante generalizada, que tiende a dar por bueno todo aquello que está consignado documentalmente, resulta evidente que algunas formas populares locales, incluidas sus versiones actuales, pueden en muchos casos estar más cerca de la realidad que las escritas. Proponemos como ejemplo lo consignado en § 4.8. "*Anafreita, Nafreita*", donde se analiza un caso típico de reconstrucción cultista. Algo parecido ocurre cuando se

utiliza un criterio "exclusivista" como es el caso del Prof. Piel, que en ocasiones atribuye un origen germánico (gótico, suevo), en la toponimia portuguesa, a nombres que son celtas, como por ejemplo el celtibérico ***Lesende***. El resultado, en todos los casos, es el que se deriva de 'no usar la herramienta adecuada', o como dicen los anglohablantes, *from using the wrong tool*.

No existe realmente un criterio invariable a seguir, para decidir cuándo es preciso *poner bajo la lupa* un nombre determinado, que puede aparecer mencionado como "evidente" o "autodescriptivo"; pero que a la vez presenta factores extraños que están fuera de lugar. En ocasiones podrá tratarse de algún sufijo o una desinencia que denuncie la presencia de un antropónimo de base teofórica, como de hecho lo son la práctica totalidad de los nombres personales en las lenguas antiguas, si exceptuamos los cognómenes o seudónimos, que son ser aportaciones colaterales.

Deseo también dejar claro que con este modesto trabajo no se pretende censurar ni subestimar nada ni a nadie, sino tan sólo dar cuenta de un estado de cosas y - ocasionalmente - señalar posibles soluciones. En este tipo de estudios se avanza un paso cada día, con ayuda de lo que otros aportaron antes. Muchas etimologías debidas ya a los intelectuales romanos, o a los estudiosos medievales, de la Edad Moderna y posteriores, que en su momento fueron dadas como científicas, han pasado hoy a la categoría de "cultistas", "populares" o "pseudocientíficas".

He de añadir, por último, que el título *Toponimia céltica de Galicia* no es del todo exacto, pues aún siendo cierto que de algún modo se centra en ella la atención, e incluso se resaltan con negrita los nombres gallegos, el estudio comparativo, como puede verse, es mucho más amplio y general, rebasando incluso las fronteras peninsulares. Las limitaciones localistas sólo conducen, en estos temas, a una perjudicial reducción del panorama.